

apoteosis, la marmórea frente de José Asunción Silva, para cuyo genio no tuvieron sus contemporáneos la voluntad munífica de que no se han cansado de darle muestras los del decadente, alejandrino, ininteligible, anarquista, pagano, místico, nietzscheano, pretérito, anquilosado y protocolizado autor de un almanaque *ne varietur*, publicado en Bogotá el año de gracia de 1899, por la casa editorial de Samper Matiz.

Con la conciencia íntima de que lo dicho aquí es una roca que no podrá mover nadie, pido a usted, en consecuencia, declare que esta carta, por inquebrantable e irreductible voluntad del extinto, cierra la encuesta que usted abrió ayer en *El Tiempo*.

De usted muy adicto amigo y admirador.

GUILLERMO VALENCIA

En otro lugar publicamos la carta del doctor Guillermo Valencia, salpicada de un fino *humour* y de una elegante ironía.

Dos cosas admiramos profundamente en esta última página de Guillermo Valencia. Primera, la exquisita ironía, el elegante gesto con que el doctor Valencia aleja toda posibilidad de que se siga adelante la idea de su coronación, y segunda, la manera discreta como recuerda el doctor Valencia el olvido injusto, largo, doloroso, en que se tiene la memoria de José Asunción Silva.

En verdad no podíamos esperar nada distinto de este gesto discreto, severo, aun a pesar de su ironía, o talvez por ella misma, con que el doctor Valencia rechaza los honores que consagraron las horas grises de Julio Flórez y Pombo. Los argumentos que expone el autor de *Ritos* para defender su actitud no pueden considerarse sino en gracia de la ataraxia espiritual, la serenidad anímica a que ha llegado el poeta, que le hace ver su obra de ayer como la obra de un muerto. Aún está en todos el aliento vivo de esa obra extrañamente pagana y extrañamente mística de Valencia, y el Guillermo Valencia, que recibió, según dice en su carta, las últimas palabras del autor de ese libro latino, pulcro como una hidria griega, sereno y desconcertante, es el continuador de la obra, es el discípulo maduro de «el otro», que recogió de él el fervor entusiasta del momento, fervor que cristalizó en el dominio absoluto de todo, desde una colina severa de plenitud.

Y la manera como recuerda el poeta Valencia la ingratitud con Silva, ingratitud que fué indiferencia en los contemporáneos y descuido en las generaciones subsiguientes, es la parte más bella de esa carta de hoy. Silva, el poeta que fué cantado por Valencia en

un bello poema, y que no obtuvo el laurel ni ha recibido todavía el homenaje definitivo del mármol consagrador.

Pero si la coronación fuere aceptable, nadie que tenga las sienes más propicias para recibir el gajo del árbol que no hiere el rayo que el poeta de hoy, el autor de *Ritos* y el bardo de todas las horas.

(*El Tiempo*. Bogotá).

Popayán, 8 de noviembre de 1916.

Señor don Jorge Ulloa,
Director de *La Unión Conservadora*.

E. L. C.

Amigo:

No tengo palabras para agradecerle debidamente el homenaje que tributó a mi inanidad en el último número de su gentil semanario. Si yo no le conociera a usted como hombre sincero e incapaz de usar de ironía para conmigo, me habría causado ingrata extrañeza la elogiosa revista de usted, en cuanto a mí se refiere; mas bien me sé que en usted inteligencia y corazón andan parejos, lo que vale decir, derrochando belleza y galantes estímulos. Y con ser esto mucho, me quedo corto en mi sorpresa al leer el bello artículo que firmó la mano maestra de A. A., en el que, a vueltas del intento de motivarla, insinúa el proyecto de mi coronación, a fuero de portalira; propósito en que coincidiera otro dilecto camarada desde las columnas de *La Espiga*.

Este proyecto, tratándose de mí, pasa los lindes de la generosidad para dar en la zona de la ironía, y si mi corazón desborda de agradecimiento ante la perspectiva glorificadora, el oblicuo Mefisto, que suele a veces ser piadoso, no deja de prevenirme con un guiño de ojos expresivo. Y veo idealmente desfilar ante mí aquel turco ascendido a general para los efectos de una burla política intencionada y amarga, por un grupo de intelectuales venezolanos. Más cerca de estos días se yergue a mi presencia aquel pobre vejete pseudo-filósofo que tan cruelmente ciñeron de laurel los estudiantes de París, y me pregunto espantado: ¿ha llegado ya mi ingenuidad hasta el punto de integrar aquel afortunado trío?

No pocas veces han galardonado los pueblos, con la rama simbólica, a los hijos de Apolo. España coronó a Zorrilla y a Campoamor en tiempos muy cercanos de nosotros. Colombia rindió a Pombo ese tributo cuasi póstumo, y a fe que hicieron bien la Madre Patria y nuestra amada República. Tratábase de ingenios que emplearon una existencia bien larga y meritisima creando muy altos valores de belleza; que contaron los años de su vida por las cosechas opimas de

una inspiración desbordante; que treparon la ardua cuesta de la ancianidad por los escalones de sus libros gloriosos; en forma que para los laureados la coronación implicaba el premio debido a una labor afortunada, perseverante y fecunda. Aparte de esta faz, sabe tener otra no menos simpática esta clase de consagraciones: suele llegar para los elegidos en horas de aislamiento y de frío, cuando la vejez distanciadora acosa al bardo anciano—columna supérstite en un campo de ruinas—y le hace regustar el agua helada del olvido y el silencio invencible del humano desdén. En esas horas el gesto cariñoso de la juventud que lo despide coronado de flores, es para el poeta vencido el más grato de todos los cordiales. Algunos sucumben bajo el peso de la apoteosis. Voltaire sobrevivió cortos días a sus laureles, y el pesado haz de los suyos agobió hasta la muerte a nuestro nobilísimo Pombo. Pero discernirme ese preciado galardón es algo que no se compadece con la cortedad de mis merecimientos ni con la pobreza de mi equipaje literario. No he sido siquiera, como son tantos de mis compatriotas, un profesional de las letras: he escrito poco y sin método, al azar, por capricho, sin esa intensidad y consagración que convierte al arte en un culto y al escritor en sacerdote. Miro hacia atrás, y sólo hallo un cuaderno de versos que vivirán tanto como el cariño de sus amigos. ¿Se premiará mi esfuerzo?—No he hecho jamás ninguno que merezca tales dones. ¿Como estímulo?—tal consagración es grave compromiso para lo porvenir y una injusticia con el presente. América tiene tantos ilustres bardos; Colombia tantos clarísimos poetas, que merecen mucho más que yo esta ovación, en mí injustificable, y a quienes sin embargo no se les ha discernido todavía. Ni vale decir que se trata solamente de una consagración regional, de carácter íntimo, modestamente solariega, porque la corona que a mí se me brindara sería más justo colocarla al pie del retrato del infortunado cantor de Pubenza. ¡Sólo el amor sabe sugerir estas locuras! Me siento feliz sobreponiéndome a la vanidad para agradecer con toda la fuerza de mi alma el magnánimo empeño de mis queridos compañeros y rechazar (siento no hallar el vocablo que exprese lo que voy a decir con la sonrisa de la gratitud en los labios y las lágrimas de la ternura en los ojos), este homenaje inmerecido que contraría mis sentimientos, repugna a mi conciencia, quebranta mis propósitos, humilla mi carácter y me expulsa del grupo de los diletantes independientes para llevarme al